



COMITÉ DE RELACIONES DE LA RE

15 Frs.

¿COMO MURIO DURRUTI?

por
ARIEL



AEP - CDHS
BARCELONA

INTRODUCCION

— ¿Cómo murió Durruti?, se han preguntado más de una vez los compañeros en la emigración. Esta pregunta ha suscitado en más de una ocasión enconadas discusiones. El nombre de Durruti nunca fué discutido, pero su muerte, sí. Algunos emigrados quisieron, lanzar paletadas de cieno sobre cierta organización. El veneno de ciertas gentes quiso emponzoñar una verdad clara y diáfana. Por eso, nosotros, hemos querido aportar con este pequeño libro, un poco de claridad a lo que nadie debió de haber dudado, ante todo, por la unidad de la verdadera causa antifascista, y es el Movimiento Libertario en Francia el que aporta el más sereno y sano juicio para que así sea.

¿Cómo murió Durruti? Durruti, como explicamos a lo largo de este folleto, murió como mueren todos los héroes populares, frente al enemigo, cara a todos los peligros de la lucha. Y, para proclamarlo así, a la verdad de los cuatro vientos de una veracidad manifiesta y meridiana, hemos trazado, humildemente, estas fervorosas líneas.

Tolosa, marzo de 1945.

PROLOGO

DURRUTI, UN HIJO DEL PUEBLO

¿Qué es un hijo del pueblo? Un hijo del pueblo fue Durruti. Durruti, he ahí la auténtica encarnación del hijo del pueblo. En él se encontraban todas las virtudes de esta condición popular. El las personifica con su actuación, su arrojo, su sinceridad, su honradez y su vida austera. Todas las condiciones nobles del hombre castellano. Del hombre que ha visto la meseta desolada de su patria y ha sentido, en el fondo de su espíritu, la necesidad de combatir y de luchar para deshacer las injusticias de todo un pueblo.

El es parte de este terruño castellano, del más puro, el más hidalgo de todos. De la tierra leonesa, que es el principio y el fundamento de todas las Castillas. Es el hijo de allí, de aquella tierra que es cerebro y corazón de España. Y si la geografía hace al hombre, la geografía, la tierra leonesa, ha formado a Durruti, en sus condiciones raciales. Ella le ha dado vida y le ha modelado, como el artífice modela el barro para realizar su creación.

Todo el temperamento de Durruti es el de un castellano. Sencillo, noble, generoso, «amigo de los amigos», como dice el mejor de los poetas de Castilla —Jorge Manrique— en las estrofas más magistrales de la poesía española. «Todo un hombre», como había de decir más tarde otro castellano de adopción, al estudiar el hombre de la meseta, al castellano —don Miguel de Unamuno—, que tanto admiraba el genio de Castilla, por estas condiciones fuertes y magníficas de esta raza —entronque ibero-celta— que ha producido el genio creador y transformador de España.

Mirad el paisaje castellano —alma de la geografía— y vereis a Durruti. Ved esa tierra inmensa y dilatada. Esa tierra de mesetas y de altiplanicies. Tierra seca, dura y árida. Tierra de sementeras y de barbechos. Tierra sin flores o de flores silvestres. Amapolas, matricarias, lirios. Ríos largos, inmensos « que van a dar en el mar », como canta la misma copla de Manrique. Y entre la tierra los ríos, unos álamos que pinteán de verde los colores ocres del paisaje. Corderos trashumantes, majadas, pastores, con sus mantas y sus perros. Labriegos con sus yuntas, trazando los surcos infinitos, que se pierden en el horizonte, « el de las perspectivas hondas », que cantaba otro vate de Castilla.

Y de esta tierra austera y seca, tostada de sol y de escarcha, seca de frío y de calor, nació Durruti, como ayer nació el Cid Campeador —que tanto paralelismo tiene con Durruti— y que dijo también como aquél: « Ancha es Castilla », grande es el mundo para luchar y combatir. Porque Durruti tuvo que hacer también otra jura, como la de santa Gadea. El Cid la hizo al rey castellano, Alfonso VI, pero Durruti se la impuso a la tiranía feudal de los terratenientes y caciques castellanos. El rey de Castilla era el cómplice de la muerte de su hermano y los señores feudales, son los responsables de que nuestros hermanos castellanos, los hijos del pueblo, mueran de hambre y de miseria en la estepa sedienta de Castilla, por el egoísmo y la ambición del poder de la propiedad del terruño.

Y si el Cid salió a conquistar los pueblos, a vencer a los moros y a dominar Valencia, Durruti, como nuevo Campeador, salió hacia la conquista del mundo social, a vencer las injusticias de la sociedad presente y a elevar la voluntad de los oprimidos, porque veían en él, el Quijote que arremetía con su lanza catellana, contra los sicarios del pueblo, contra los molinos de viento de la mentira burguesa, contra los follones y los mercaderes del capitalismo opresor.

Ese fue Durruti, un alma castellana fuerte, puesta al servicio del pueblo. Y como el Empecinado, frente a los

mamelucos de Napoleón, cuando vió España —su Castilla— inundada de moros, de italianos y de alemanes, apoyados del « tanto monta » de los opresores y de las flechas y el yugo de la inquisición católica, formó las guerrillas, las centurias, y sin generales, sin ejército regular, se adentró por los campos de España —tierras de Aragón, tierras madrileñas— a combatir a los invasores, a los enemigos del pueblo, y de noche y de día, sin zozobras, con la mirada fija hacia adelante, con el corazón henchido de ideal —nuevo don Quijote— luchó y combatió desde el primer momento, ya en los muros llenos de sol y de salitre de Atarazanas; ya frente a las encinas del Pardo, ante aquel panorama castellano de las crestas azules del Guadarrama, y a la orilla de aquel río que otro poeta —« el parto de los ingenios »—, Lope, dijo que era « un aprendiz de río », y que Durruti conoció —el Manzanares— en la hora suprema de su muerte, cuando ofrendaba su vida, por la causa de los hijos del pueblo.

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

**EL PRIMER VIAJE DE DURRUTI A MADRID
EN EL CURSO DE LA GUERRA**

Madrid, después de los días heroicos de las jornadas de julio, siguió pulsando todas las emociones de la guerra. Madrid había conocido días llenos de fragor y de combate. El obrero, la clase trabajadora, había deshecho todas las maniobras políticas y militares del enemigo. Los jenízaros maniobras políticas y militares del enemigo. Los jenízaros del falangismo, fueron vencidos. Primero, en el cuartel de la Montaña. Allí se hallaba el centro y la dirección de la sublevación militar, pero el pueblo de Madrid asaltó aquella guarida de fascistas, como nuevos émulos de Malasaña, Daoiz y de Velarde. Eran los hombres de los sindicatos, de los ateneos libertarios, de las barriadas madrileñas, los sin trabajo, los huelguistas de ayer, los hombres salidos de la cárcel, puestos en libertad para poder empuñar las armas. El Madrid bullicioso, honrado y trabajador, había escrito una página imborrable para la historia del proletariado.

Y con el cuartel de la Montaña, fueron conquistándose los otros centros de la resistencia de los rebeldes. Carabanchel, Retamares, Getafe, Cuatro Vientos, El Pardo, Alcalá, y cuantos acantonamientos formaban el cinturón militar de Madrid. Eran los primeros milicianos que desplegaron sus banderas rojo y negras de la libertad, que, con los fusiles arrebatados a los enemigos, iban de una parte a otra de la ciudad y de sus alrededores, con los propios coches y camiones arrebatados a los falangistas sublevados, entre el estrépito sonar de las pistolas que aun disparaban

los enemigos del pueblo, encaramados en las azoteas y tejados y en no pocos conventos, iglesias y palacios. Pero aquellos hijos del pueblo lo desafiaban todo. Sabían cuanto se jugaban. Sabían que si ellos no defendían la libertad de un pueblo, ésta se perdía. El enemigo lo acechaba todo. El enemigo era poderoso y fuerte. Era el ejército regular, con sus generales y cuadros de mandos. Era la iglesia, con todas sus instituciones seculares. La nobleza, con todos sus tesoros. El capitalismo, con todos sus caudales. Los banqueros, con todas las finanzas. El enemigo era grande y poderoso, volvamos a decir. Por eso había que desconfiar de todo el mundo. Las noticias que llegaban de todas partes informaban de una sarta de traiciones incommensurables. Aun de los gobernantes mismos había que desconfiar. Alguien había intentado pasar el poder a manos de los facciosos. La mayor parte de los gobernadores, se habían pasado al lado de los rebeldes y se habían negado a armar al pueblo. Por eso éste desconfiaba de todo el mundo. El había conquistado las armas para defender sus propias libertades y conseguir las conquistas que hasta entonces no había conseguido, aun con una « República de trabajadores ».

Y liberado Madrid de sublevados y rebeldes, los trabajadores, los hijos del pueblo, se fueron a los lugares donde el enemigo avanzaba hacia Madrid. Y se fué a la sierra de Guadarrama, al Alto del León, a Peñalara, a Guadalajara a Sigüenza, a Toledo, las cercanías de Avila. Todo el proletariado se hallaba ansioso de libertad y de justicia social, por eso formaba las guerrillas, que era el primer chispazo del ejército del pueblo. Allí se hallaban los hombres de la Confederación, tan estimados de sus compañeros de clase, como Mora, Mera, Feliciano Benito y tantos otros más que capitaneaban las primeras milicias para hacer de Madrid un lugar invulnerable. Allí comenzó la defensa de la ciudad. Allí se creó el primer cinturón de hierro, que hizo posible la gesta posterior en su inmortal defensa.

En este ambiente de entusiasmo y de heroísmo, llegó por primera vez a Madrid Durruti, en el curso de nuestra guerra civil. Yo hacía en aquel entonces la información

diaria a « Soli », como corresponsal del periódico confederal. Vino con él mi hermano Eduardo, « el peque », como Durruti le llamaba. Aquellas noches había dado por « radio » unas charlas, y, ellos escucharon una de ellas en el curso del viaje de Barcelona a Madrid. Apenas llegaron a la ciudad madrileña mi hermano vino a verme a la delegación de « Soli », que teníamos montada en la calle de Alcalá. Eduardo me presentó a Durruti. Con ellos venía también Manzana, que Durruti había conocido en los heroicos y sangrientos combates de Atarazanas.

Era a medianos de septiembre. Durruti llevaba la primera gorra de cuero, que después se dió en llamar de « Durruti ». Vestía una cazadora también de cuero y una pistola a la bandolera. Allí estaba, frente a mí, el famoso « gorila » confederal. Alto, fuerte, moreno, de ojos negros y penetrantes, con la mirada fija y persistente, con el aire desenvuelto y firme. Todo un hombre, con su energía y su fortaleza, con gestos de niño grande. Era todo él una mole humana. Tostado del sol aragonés, con las manos grandes y fibrosas y la musculatura recia y dilatada. En sus labios flotaba una sonrisa llena de bondad y de confianza. Era uno de aquellos hombres que simpatizan apenas se cruza con él una leve mirada. Atraía por su naturalidad y su sencillez — ¡ verdadero y ejemplar contraste al lado de otros hombres que en mis largas correrías profesionales he conocido !—. Su palabra era atrayente y firme. Su voz modulada y expresiva, y de un tono grave en el fondo de su fonética. Un verdadero tipo castellano. Un hombre de la meseta ibérica. Su cabello era negro y crespo. Su boca grande y carnosa. Su pecho dilatado y hercúleo. Sus pasos decididos y pausados. Sus ademanes serenos y expresivos. Todo un hombre, todo un verdadero hombre de Castilla.

II

LAS GESTIONES DE DURRUTI EN MADRID

A su llegada a Madrid, Durruti no pidió — ¡ ni deseaba ! — que se le retratase como otros en aquellas y parecidas circunstancias, habían pedido. Ni que se le hiciera ningún

género de información periodística. No deseaba ninguna exhibición de publicidad. No era amigo de los gestos teatrales. Su conducta estaba llena de sobriedad y de sencillez, y se manifestaba así en todas sus actuaciones. El había venido a Madrid para trabajar, para trabajar mucho. Solo quería preocuparse de sus milicianos y sus centurias. Por ellas había abandonado, por un momento, el frente de combate. Por ellas había venido a Madrid. Y por ellos quería trabajar.

— Ves, me dijo, como esta gorra y esta cazadora que llevo, están haciendo para todos los milicianos de mis centurias. Allí no hay distinción. Todos somos iguales. Una verdadera fraternidad reina entre todos nosotros.

Y sonreía como un niño, mostrando sus grandes dientes blancos de lobo confiado.

— Ahora he venido para ver si consigo armas para los compañeros que luchan en el frente de Aragón, en las proximidades de Zaragoza. Si el gobierno nos dá las armas que nos hacen falta, tomaremos la ciudad aragonesa en pocos días.

Y su mirada fija en los reverberos de los cristales del balcón, parecía que se alejaba, entre las chispas doradas del sol madrileño, como si quisiera otear y acariciar las lejanas tierras aragonesas.

— Armas no faltan, añadía; yo conozco quienes nos ofrecen todas las armas que nos hacen falta. Solo desean una cosa: que se les pague en oro. El burgués no tiene entrañas. Solo busca el dinero. El gobierno tiene oro de sobra. ¿Para qué lo quiere? ¿Para hacer la guerra? Pues si es así, yo le ofrezco una buena ocasión para ver si es verdad que la quiera ganar, y pronto... Iremos a visitar a los ministros de la Guerra y de Marina. Hablaremos con ellos. Yo les ofrezco quienes nos facilitarán todas las armas necesarias para conseguir la victoria. ¿Qué hace falta dinero? ¿Para qué queremos el oro del Banco de España?

(Si Durruti hubiera sabido para que ha servido, su indignación hubiera sido mayor. Pero jamás, jamás hubiera

podido creer que había de servir para perder la guerra y deshonrar la emigración.)

Fuimos a comer a un restaurán de la Gran-Via, que controlaba el sindicato gastronómico. Allí hicimos una comida sobria y sencilla. Charlamos. Durruti nos hablaba de las luchas de Barcelona, del avance de las centurias confederales por tierras catalanas y aragonesas.

Y reía, reía siempre... reía como un niño.

No daba importancia a ningún hecho. Todo le parecía sencillo y natural.

Nosotros escuchábamos, su charla, atentos.

Después de comer fuimos al Ministerio de la Guerra y, mas tarde, al de Marina. En el primero se entrevistó Durruti con Largo Caballero. En el segundo con Indalecio Prieto. En aquellos momentos se confiaba grandemente con la ayuda de Rusia, desde la esfera oficial. Largo Caballero era aún «El Lenin» español. Durruti salió decepcionado de aquellas entrevistas. Se le hicieron promesas y se le dieron buenas razones. Durruti era acogido con simpatía. Pero no convenia armar demasiado a las milicias confederales. Y todo quedó en un proceso de palabras vanas.

Al atardecer fuimos al local de la Regional del Centro. Allí saludó Durruti a los compañeros de dicho Comité. Todos se acercaban ansiosos a su lado para poder conversar con él. Le saludaban cariñosamente. Por donde Durruti pasaba, los milicianos le miraban como un compañero que les merecía toda confianza, y por eso le estrechaban la mano afectuosamente.

En aquel viejo caserón de la calle de Fuencarral la animación era cada vez más bulliciosa, en aquella hora del atardecer. Confederados que iban de una secretaria a otra, llegados del frente, con sus pistolas, sus fusiles y sus escopetas. En el patio del edificio sonaban les claxones y las bocinas de los camiones y coches que iban y venian de los lugares de combate. Los gorros de los milicianos contrastaban con los pañuelos roji negros de la F.A.I. y de la C.N.T. Hombres de todas las edades. Jóvenes

y viejos. Hombres maduros y de mediana edad. Algunos aún llevaban el polvo de los combates de la Sierra o del frente del Tajo.

Eran los días desoladores del avance de la chusma rifeña por las tierras de Talavera. Las noticias que llegaban a última hora de la tarde no eran muy halagueñas. Los hijos del pueblo resistían. ¡Pero la aviación, los tanques!

Durruti conversó largamente con los compañeros del Comité Regional. Cambiaron impresiones sobre la situación. Se habló sobre la moral, sobre la disciplina.

Sobre este segundo punto dijo Durruti:

—En el frente de Aragón no hay problema. Todos allí somos compañeros. Cuando tenemos que hacer alguna cosa, la hacemos todos los que estamos en un mismo lugar. Por ejemplo, hay que levantar una viga. Yo soy el primero que me pongo a levantarla y todos me ayudan a hacerlo por igual.

Esta era la disciplina de Durruti. La disciplina del ejemplo. El actuaba como un miliciano más. No era un jefe, sino un compañero y esta era la fuerza que poseía sobre los demás: la confianza que en él había depositado todo el mundo. Era la autodeterminación de todos para todos.

III

LLEGADA DE LAS FUERZAS DE DURRUTI A MADRID

Llegó un momento en que Madrid fué una inmensa llama. Y una llama al rojo vivo. Las bordas de Franco —moros y legionarios— se acercaban a las puertas de Madrid. Cuanto mayor era el peligro, mayor era el entusiasmo de la población madrileña. ¿Qué algunos desertaron del combate? ¡Cuánto podríamos decir de aquellos momentos! Desde el gobierno hasta las organizaciones rectoras de todas las esferas sociales y políticas, hubo sus abandonos y sus negligencias. Y... hasta su cobardía. Aún —¡qué justa es la imaginación en ciertos momentos!—

veo a quienes cogiendo un coche a las tres de la tarde —de aquella gloriosa tarde del 6 de noviembre— huían a toda marcha, hacia Valencia. Si que era verdad que al atar decer de aquel mismo día ya se oía el retumbar del cañón. El enemigo había llegado a Carabanchel, a Getafe y a Cuatro Vientos. La batalla de Madrid comenzaba en los suburbios de la ciudad. Pero entretanto el pueblo madrileño se quedaba allí con sus sindicatos, sus ateneos y sus juventudes libertarias. Con ellos el Comité Regional del Centro y el de la Local de Madrid. Y, junto a aquellos organismos confederales, el Comité de Defensa, que había de ser el alma de la lucha madrileña.

El pueblo de Madrid se lanzó a la calle. De todos los sindicatos surgían verdaderas masas de hombres que se dirigían hacia los lugares de combate. Con armas o sin ellas, pero iban a pelear. El pueblo, las mujeres, los niños, los ancianos, electricificados por la emoción y el coraje, comenzaron a hacer barricadas. En cada barriada se organizaron grupos voluntarios para preparar los sectores de fortificación. El empedrado y los adoquines madrileño servían como elemento utilizable para la defensa y levantaban el mayor número de parapetos.

Había llegado la hora del combate decisivo. Los días gloriosos del 18 de julio se volvían a repetir y a superar. Y así como en aquel entonces todo el mundo esperaba la ayuda de los mineros de Asturias, como un mito, como un sortilegio heroico, sonó aquel día el nombre de Durruti. Este nombre lo llenaba todo. Era la confianza del pueblo en el héroe popular. Durruti había de llegar de un momento a otro. Todos los antifascistas esperaban su llegada con ansia, como un mito de fe. Un mito de fe que enardecía y que hacía que todos los madrileños creíanse invencibles. Era el Teseo moderno, pues el pueblo de Madrid tenía necesidad, en aquellos momentos, de creer en algo y en alguien, y este algo y este alguien fué Durruti. Y con esta esperanza luchaba y combatió. Y sabía morir. Era los días de vida y muerte. Unos días en que se jugaba la suerte de la guerra y del antifacismo internacional.

Días después encontramos en Valencia las fuerzas de

Durruti, en la Regional de Levante hallamos al hombre, al héroe popular. Se discutía si Durruti había de ir o no a Madrid. Durruti dijo que él iba. Nunca rehuía el peligro. El pueblo de Madrid le esperaba. Le esperaba como una esperanza ciega. Y él iba donde iba, donde había de combatir al enemigo del pueblo.

Los hombres de Durruti se encontraban en la explanada de la estación de Valencia. Hombres confederales, maduros en la lucha y en el combate. Duchos en las contiendas sociales. Hombres de temple de acero. Allí, entre ellos, se encontraba el compañero Joldi. Yo volvía aquel mismo día a Madrid, después de realizar determinada gestión en Valencia. Joldi me invitó a subir en su vehículo para poder llegar juntos aquella misma madrugada a Madrid.

Así lo hicimos. Los milicianos de Durruti partían aquella misma noche para la capital de España, con un convoy ferroviario. Nuestro coche partía hacia el Madrid heroico, dejando Valencia, con toda una retaguardia podrida por las concupiscencias y el miedo. Madrid necesitaba hombres decididos para luchar, y, morir, si era preciso, como lo hacían los hombres de Durruti. Madrid esperaba aquellos héroes de Aragón, como atendió, como ya hemos dicho, en otra hora memorable, los mineros de Asturias. El mito de la fe se había hecho carne en la persona de Durruti. El comenzaba ganando la batalla solo en su nombre, antes de llegar. La encarnación de la defensa empezaba así. Durruti era el héroe predestinado para aquella epopeya. Era el general anónimo de la victoria.

A la madrugada llegábamos a Madrid. Noche oscura, llena de tinieblas. Tode el barrio de Vallecas era una muralla de fortificaciones. Las guardias de los milicianos vigilaban por todas partes. Había una honda emoción en el ambiente. Una emoción de fiebre y de tensión. Se oía el fragor de la batalla. Paqueos, ráfagas de ametralladoras, morterazos, y, de cuando en cuando, el zumbido ronco del cañón.

Después de todo un día lleno de emociones y de actividad, decidimos descansar unas horas. Las noticias no eran desesperadas. El enemigo, después de unos días de tanteos

desesperados, estudiaba el plan de ataque. Entre tanto el pueblo de Madrid, esperaba Durruti con sus centurias, y seguía resistiendo. El Comité de Defensa confederal marcaba la pauta de aquella resistencia.

IV

COMO DURRUTI SABIA MANEJAR LAS ARMAS

A buena hora nos fuimos al cuartel general de Durruti. Era un viejo palacio de la calle de Miguel Angel. Un edificio enclavado en un barrio señorial y aristocrático. Por todas aquellas calles se veían banderas confederales. Hospitales, ateneos, intendencias, cuarteles. La vida confederal estaba allí. Aquel palacio se veía invadido de los hombres de las centurias de Durruti. Gorras y cazadoras de cuero. Aquellos salones, lujosamente decorados, espejos, mármoles, tapices y alfombras, servían de dependencia a aquellas milicias heroicas. Ofrecía un consolador contraste. Los hijos del pueblo, con el atuendo de miliciano, eran los moradores de los palacios de los rebeldes, de los sublevados, de los tiranos de los trabajadores, y, donde ayer imperaba el feudalismo arcaico, ahora servía de marco y de vivienda para los propios defensores de Madrid, que no querían sucumbir en las garras de esa tiranía. El pueblo empezaba a ser dueño de sus propios esfuerzos. Y por aquellas escaleras cubiertas de felpadas alfombras, por aquellos corredores cubiertos de lucientes mármoles y por aquellos aposentos suntuosos, decorados de marcos dorados, con lienzos de Ribera, de Zurbarán o del Greco, deambulaban los hombre de Buena Ventura Durruti, preparándose para ir al combate. Por todas partes se limpiaban armas y se hacían planes para comenzar la lucha. La mayor parte de los combatientes de Durruti estaban ya cubriendo línea en el frente.

Allí, en aquel zaguán aristocrático, lleno de viejos arcones, panoplias tapices, llegaban cajas y más cajas. Cajas grandes, cajas medianas, cajas pequeñas. Eran las primeras armas automáticas que se recibían del exterior. De aquellas cajas se sacaban armas envueltas de papeles y

de paja, y, se limpiaban, para ser montadas poco después. Armas automáticas, con el brillo aún de la pulimentación reverberante. Durruti dirigía todo aquello. Con su dinamismo, con agilidad y con su sonrisa peculiar, flotando siempre en sus labios. No perdía ni por un momento, el buen humor. A todos atendía y fortalecía con su ánimo y su entereza. Dentro de aquella mansión señorial, Durruti daba plena sensación de dominio. Sobre una mesa de mármoles y dorados, había un plano de Madrid. Allí se trazaba la defensa de la ciudad amenazada. Se marcaba la posición de las fuerzas y la situación del enemigo. Durruti, puestas sus gafas cuidadosamente, estudiaba, con atención, todas las cualidades que pudiera tener aquella batalla, que ya había empezado.

Y me dijo:

— La batalla será dura, pero no pasarán.

Eran palabras proféticas, de un hombre vidente, de un hombre lleno de fe en el esfuerzo de todo un pueblo.

Madrid se hallaba dibujado en aquel plano, con su Casa del Campo, su Moncloa, con su Manzanares, su Puerta de Hierro, el Puente de los Franceses y la Ciudad Universitaria, en cuyos lugares, en aquellos momentos, se desarrollaba la gran batalla de Madrid. Durruti miraba todo aquello con una penetración exacta. Había recorrido el frente y había organizado la defensa de su sector, que era el de la Moncloa, Rosales y el barrio de Pozas.

El fragor de la batalla se oía por todas partes. Tiros, cañonazos, ráfagas de ametralladoras. En el interior del cuartel general de Durruti todo era actividad. Una actividad febril, de trabajo, de preparación. Golpes de martillazos, dados por las manos recias de los milicianos. Y, entre la actividad de aquellos compañeros, se destacaba la figura alta y enjuta de un joven negro. Un negro, al cual Durruti le había puesto gran confianza, el cual trajo, entre los dedos finos de su mano alargada, unos folletos. Aquellos folletos estaban escritos en checo. Nadie comprendía aquel idioma. En ellos se explicaba el manejo de aquellas armas automáticas. Aquel compañero negro entregó aquellos folletos a Durruti, con una sonrisa llena

de bondad y de inocencia. Y Durruti sonrió a la vez, y, dándole una palmada en la espalda del miliciano, le dijo:

— No te preocupes, eso no tiene ninguna importancia. Vamos a ver donde están estas armas. Vamos a montarlas. No importa lo que dicen estos papelotes. Verás que pronto las montamos y conocemos su manejo. Lo principal es que haya armas, aunque los folletos estén escritos en checo, en chino o en japonés.

Durruti descendió al zaguán. Allí se hallaban amontonadas diversas armas automáticas, desmontadas todas ellas. Las hizo llevar a un patio espacioso que había a un lado del edificio. Desde allí se escuchaba fácilmente el rumor del combate. Durruti comenzó a observar las piezas de las armas y las hizo montar, bajo su dirección, como si fuese un montador competente, un ingeniero o un perito en la materia. Las armas se hallaban poco después arregladas de una manera perfecta y estaban, poco después, ya listas para el combate.

Durruti las hizo probar. Enseñó él mismo el manejo de las armas. Para nada necesitó las explicaciones de los folletos.

Poco después estaban ya cargadas. Las hizo funcionar. Sonaron, sonaron bajo su dirección y sin fallo. Y como se escuchaba el ruido persistente de la batalla de Madrid, aquel sonar de las nuevas armas, era como una respuesta al enemigo que se hallaba, a poca distancia de allí. Más tarde se hallaban en los puestos de combate todas ellas.

V

LA HORA HEROICA DE LAS FUERZAS DE DURRUTI

Aquella noche fué una noche espantosa y trágica. La aviación fascista —Franco no tenía aviación, y era, por lo tanto, alemana e italiana— había bombardeado intensamente Madrid, que ardía por los cuatro costados. En la misma delegación de « Soli » cayó una bomba. El edificio se hundió de arriba abajo. Otras bombas habían caído en

los alrededores del Museo del Prado. Otras en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, San Bernardo... La circulación de los tranvías se había paralizado en algunas partes. Madrid era una inmensa hoguera. La mayor parte de las bombas eran incendiarias. Las llamas en algunos puntos sobrepasaban los tejados madrileños. Desde el edificio de la antigua morada del Comité Nacional de la C.N.T. —calle de la Reforma Agraria— presenciábamos el incendio.

Aquella noche a «Soli» de Barcelona informé de aquel bombardeo y de los desperfectos causados en el Museo del Prado, noticia que podía tener una trascendencia de efecto mundial. Pero el ir al edificio de la telefónica —como hice en el curso del combate— no era cosa fácil. Este centro de información era el objetivo fundamental del enemigo, como se vió a lo largo de la guerra, por su mole destacada sobre la ciudad y su importancia, por ser el centro de las comunicaciones madrileñas. A las muchas ventanas que posee el rascacielo madrileño, se unieron, poco después, otros tantos boquetes, producidos por los obuses de la artillería facciosa. Pero la información llegó antes de cerrar la edición de la madrugada. «Soli» publicaba la noticia el día siguiente.

En algunos puntos, las bombas habían perforado la bóveda del «metro». Sobre todo en la calle de Alcalá y en la Cuesta de San Vicente. Los rieles del tranvía se hallaban levantados en muchos lugares. El enemigo preparaba la gran batalla de Madrid. Quería vencer la resistencia, de aquel pueblo heroico, por medio de una acción terrorífica. Valera y Yagüe tenían las órdenes de atacar a fondo, para romper el frente de la Moncloa y de la Ciudad Universitaria, y poder entrar en Madrid.

Durruti estaba allí con sus milicias. Las ruinas de los edificios universitarios eran verdaderos nidos de resistencia. Desde la Casa de Campo habían logrado los facciosos cruzar el Manzanares, cerca del Puente de los Franceses y llegar hasta el Hospital Clínico, que era el edificio más fuertemente arquitectónico de la Ciudad Universitaria. Un edificio grande, geométrico, sin terminar aún, de ladrillo colorado, como una mole colosal. Las mejores fuerzas

rifeñas de los regulares y del tercio habían sido diezmadas y exterminadas por los titánicos defensores. El terreno comprendido en este sector se hallaba sembrado de cadáveres de la morisma y de la guardia civil.

Las fuerzas de Durruti defendían el lugar que da acceso a la plaza de la Moncloa. Allí se hallaban los leones confederales, con Durruti, Joldi, Manzana y otros compañeros que hemos olvidado sus nombres, a la cabeza. Ellos respondían de aquella defensa preciosa y definitiva, donde se jugaba en aquellos momentos la suerte de Madrid. A la vez defendían las ruinas de aquella cárcel que había sido lugar de tortura de tantos compañeros. La ironía del destino les había puesto en el lugar que antes defendía la reacción. Ahora les servían sus ruinas —ya que la aviación había bombardeado varias veces aquel lugar— como parapetos para la defensa de la ciudad y poder aplastar a los tiranos.

El Clínico batía todos aquellos lugares. Ráfagas de ametralladoras, morterazos, pequeños cañones. La batalla llegó a su cumbre a media mañana. El barrio de Pozas era una inmensa baraunda. Los enemigos del pueblo querían entrar a toda costa en Madrid. No importaban las bajas. Franco con sus hordas, quería llegar a la Puerta del Sol. Más ya, la sorna llena de gracia del chispero madrileño, le había, preparado una taza de café en plena Puerta del Sol, foro y agora de Madrid. Los hombres de Durruti se defendieron como leones. Se superaron todos ellos. Se llegó a combatir cuerpo a cuerpo. Las fuerzas de Buenaventura habían derramado su sangre por la defensa de la ciudad mártir. Muchos murieron en el parapeto, de una manera heroica, conteniendo el asalto de los facciosos. La brava gente de Buenaventura Durruti supo pelear de forma inonadada. La sangre confederal regó el suelo de la tierra madrileña. Durruti, con sus hombres, había escrito una página imborrable en la historia de la defensa de la capital de España.

Supieron morir, supieron vencer a un enemigo que quería a toda costa entrar en Madrid, pero como Durruti había dicho: no pasaron.

HAY QUE REEMPLAZAR LAS BAJAS PARA SEGUIR EL COMBATE

Después de medio día nos encontramos en el cuartel general de Buenaventura Durruti. Acababa de llegar del frente de la Moncloa, como un león embravecido por la lucha. Todo su aspecto era el de un hombre que había dejado el combate. Era el héroe de la jornada. En el ambiente de Madrid no se hablaba de otra cosa. La hordas de Franco habían realizado aquel día el máximo esfuerzo, para poder entrar en Madrid de un modo directo. No habían podido. Más tarde lo intentarían por otros puntos, ampliando el cerco, como lo fué en enero del 37 por la carretera de la Coruña, para poder llegar al Pardo y subir hasta Fuencarral. O, como posteriormente, por la Marañosa, para cortar la carretera de Valencia, por el puente de Arganda, y, más tarde aún, por Guadalajara, para poder llegar por el valle de Utandé y Tarija, a Alcalá de Henares. Ni los moros primero, ni los alemanes más tarde —los « moros rubios » del bueno de Mauro Bajatierra— por las Rozas, ni los italianos de Bergonzoli por Guadalajara, consiguieron cercar ni tomar Madrid.

Buenaventura me dijo en aquella tarde memorable :

— La batalla será dura, durísima, pero no entrarán en Madrid.

Y sus palabras, enfebrecidas por el heroísmo de la jornada, tenían un no sé qué de profético y de místico. En sus ojos brillaba un espejismo de alucinación y de coraje.

Y me siguió diciendo :

— Los compañeros se han portado como leones. Han luchado en todos los momentos del combate como unos valientes. Pero hemos tenido muchas bajas. Los compañeros más responsables de la unidad han caído. Unos muertos y otros heridos. Entre ellos Joldi y Manzana. Hay que ver el modo de cubrir los puestos de estos compañeros responsables, para seguir el combate.

Sin pérdida de tiempo me fui al Comité de Defensa

de la Regional del Centro. Allí se hallaba el centro del espíritu de la defensa de Madrid. Un hotelito al final de la calle de Serrano. Guardia de compañeros. Milicianos confederales que entraban y salían del edificio. Enlaces y corresponsales de guerra que llegaban con su información de los frentes de combate. Otras unidades cenetistas se encontraban en diferentes lugares del mismo frente. Todo se atendía y se ponía el cuidado necesario para que nada faltase, en su carácter orgánico, por la defensa de la ciudad asediada.

Allí encontramos el compañero Eduardo Val, secretario del Comité de Defensa, vestido con su « mono » azul de miliciano, que se puso en los primeros días de la guerra, y siguió llevando hasta los días decisivos de la misma. Un « mono » histórico, que se halla ligado a la defensa de Madrid, como la gorra de Durruti.

Le dije al compañero Val lo que me había dicho Durruti, y, sin pérdida de tiempo se vino conmigo al cuartel general de Durruti. Hice allí la presentación de los dos compañeros y estos se pusieron a hablar sobre el asunto. El caso era urgente. Había que mandar nuevos compañeros al frente de combate, y, en particular de compañeros responsables, para reorganizar las fuerzas.

El compañero Val, sin salir del cuartel general de Durruti, cogió el teléfono y dió las indicaciones necesarias para que se cubriesen sin demora las bajas habidas en la unidad de Durruti, y dió nombres de compañeros responsables, sobre todo las de Joldi y Manzana, que como ya hemos dicho, habían quedado heridos. Manzana de un brazo. Joldi había sido hospitalizado. Su herida era más grave. Pero como la lucha seguía, los hombres de la Confederación se sucedían en el lugar de combate, como héroes anónimos, sin interrupción.

COMO SUPIMOS LA MUERTE DE DURRUTI

Aquel día —El día de la muerte de Durruti— había de celebrarse un pleno de militantes en el Subcomité

Nacional, calle de la Reforma Agraria, frente al Retiro. Como representante del Comité Nacional había llegado a Madrid el compoñere Prats, de Tarrasa. Como el edificio de la delegación de «Soli» había quedado inutilizado por el bombardeo de noches pasadas, empleamos como lugar de trabajo para hacer las informaciones para el periódico, una de las habitaciones altas de este edificio. A medio día, como sabían los compañeros del Subcomité Nacional que iba todos los días al cuartel general de Durruti, para coger información para el periódico, me dijeron que manifestase a Durruti que aquella tarde, a las tres, había de celebrarse una reunión de militantes para tratar de la militarización de las milicias confederales.

Así lo hice. Después de comer me fui, como de costumbre, al cuartel general de Durruti. Al llegar allí me dijeron que éste hacia pocos minutos que había salido para el frente de combate. ¡Cuántas veces he sentido no haberlo encontrado! Si así hubiese sido, tal vez hubiera asistido al pleno de militantes y se hubiera salvado de la muerte. Pero el sino, la fatalidad, lo habían predispuesto de otro modo. Durruti había de morir como un héroe aquel día.

Me fui a trabajar a la nueva delegación de «Soli», para poder terminar la información, una vez recogidos los informes del Comité de Defensa. Mi hermano Eduardo me acompañaba a todas estas gestiones y al llegar allí se fue a dormir a una habitación contigua, después de una jornada enfebrecida por la lucha.

A media tarde aún seguía escribiendo a máquina, y, a todo esto, veo que entra el chofer de Durruti. Un joven de mediana estatura y de fino porte. Se llamaba Julio Graves. Preguntó por mi hermano Eduardo —con el cual tenía una íntima confianza de los tiempos de las luchas socialés en Barcelona—, y yo le dije que se hallaba durmiendo en una habitación contigua. El muchacho tenía el semblante lleno de tristeza y reflejaba en él una honda emoción. Pero no le di mayor importancia, debido a las horas emocionantes que todos vivíamos.

Apenas escuché que mi hermano se había despertado y cruzó unas palabras con el chofer de Durruti, oí que

ambos se pusieron a llorar. Yo me levanté presuroso y me dirigí hacia el lugar donde se hallaban sollozando.

—¿Qué pasa?, les pregunté lleno de preocupación.

—Durruti ha sido herido de muerte, me dijo uno de ellos, y quizás haya muerto ya.

—Pero no conviene divulgar la noticia, me dijo el compañero Julio Graves.

Eran las cinco de la tarde.

Los tres juntos nos fuimos al hotel Ritz, donde se hallaba el hospital de las milicias catalanas.

Muy pocos conocían aún la noticia del estado agónico de Durruti.

En el hospital me encontré con el médico Santamaria, compañero confederal, que había venido a Madrid con las fuerzas de Durruti, desde el frente de Aragón. Aun veo su alta figura, delgada y fina, vestido con el delantal blanco de sanidad. De una manera prudente, me informe de la situación del herido. Durruti no había muerto, pero su herida era mortal. No había salvación posible. La bala había perforado un lado del pecho. Había habido consulta de médicos y habían hecho todo lo que la ciencia les permitía para poder salvar a Durruti.

Una enfermera salió de la sala donde se hallaba Durruti agonizante. Una muchacha rubia, que le dijo a Santamaria que había sondado dos veces a Buenaventura con mucho cuidado. Habló con el médico. Y yo me despedí de ellos, quedando en volver poco después.

Me fui al Subcomité Nacional, para dar a conocer la noticia. Ya habían llegado allí algunos informes. Se hablo de guardar silencio y discreción. Yo no me atrevía telefonar a Barcelona hasta más tarde. La defensa de Madrid obligaba a esto y a mucho más, si fuese necesario. Habíamos de esperar los acuerdos tomados por la militancia confederal reunida en aquellos momentos. El nombre de Durruti aún podía ganar batallas después de muerto, como el Cid. Ya hemos repetido que el nombre de Durruti lo llenaba todo. Era el fervor combativo de los milicianos, la moral de la ciudad madrileña, la fe y la esperanza de todos. Dar a conocer la muerte de Durruti sin estudiar

las consecuencias, hubiera sido una ligereza en aquellos momentos. Todos sabíamos lo que representaba el nombre de Durruti y cual había sido su actuación. Había que esperar que la batalla se ganase completamente. Y Durruti ganó la última batalla de Madrid, aún después de muerto.

VIII

COMO MURIO BUENAVENTURA DURRUTI

El chofer de Durruti me informó de lo que había sucedido. Se vino conmigo a la delegación de «Soli», para poder hablar allí más tranquilamente.

— Dime toda la verdad, le dije al compañero Julio Graves.

— La verdad no es más que una y es ésta: Nos fuimos después de comer a recorrer el frente de la Ciudad Universitaria, acompañados del compañero Manzana. Subimos hasta la plaza de Cuatro Caminos. Desde allí descendimos por la avenida de Pablo Iglesias, a toda velocidad. Cruzamos una colonia de hotelitos que hay al final de esta avenida y nos dirigimos hacia la derecha. Las fuerzas de Durruti habían cambiado de sitio, después de las muchas bajas sufridas en la plaza de la Moncloa y en las tapias de la cárcel Modelo. La tarde estaba llena de un sol otoñal. Al llegar a una amplia carretera, vimos un grupo de milicianos que venían en dirección a nosotros. Durruti comprendió que eran algunos muchachos que se iban del frente. Aquel lugar estaba completamente batido. El Hospital Clínico, tomado aquellos días por los moros, dominaba todos aquellos alrededores. Entonces Durruti me hizo parar el coche. Así lo hice, en la esquina de uno de aquellos hotelitos, como medida de precaución. Durruti descendió del automóvil y se dirigió hacia los milicianos que huían del frente. Les preguntó que a donde iban, y, como no supieron que contestar, éste les hostigó para que se volvieran a sus puestos de combate, con su palabra recia y su verbo preciso.

Una vez que los muchachos obedecieron a Durruti —continuó diciéndome el compañero Graves— éste se vino

hacia el coche. La lluvia de balas arreciaba más cada vez. De la gigantesca mole colorada del hospital Clínico, los moros y los guardias civiles disparaban con mayor ahínco. Al llegar a la puertezuela del vehículo, Durruti se desplomó. Su pecho se hallaba traspasado. Manzana y yo descendimos presurosos del coche y le metimos dentro del mismo, sin pérdida de tiempo. Di la vuelta al coche, maniobré de la manera más rápida que pude, y me dirigí hacia Madrid, en dirección del hospital de las milicias catalanas, en donde hemos estado hace poco. Lo demás ya lo sabes. Y ésto es todo.

Unas lágrimas resbalaban por las mejillas de aquel muchacho confederal. El con Manzana, habían sido los únicos testigos presenciales de aquella hora trágica y fatal del héroe de la defensa de Madrid, del «gorila» confederal, del luchador impertérrito.

Durruti había muerto como los héroes homéricos: Frente al enemigo, en el lugar del combate. En aquella hora que se decidía la defensa de Madrid. Cara a aquella sierra de Guadarrama, testigo de tantas heroicidades, ante aquel panorama castellano —azules serranías, grises encinares, cobrizos descampados—, en la hora del fragor de la batalla, pronuncio de tantas decisiones históricas, para la lucha a muerte contra la tiranía moderna: el fascismo internacional. El hombre anarquista —corazón de niño, impulso de titánico de una bala enemiga, como un símbolo de la lucha a muerte contra los enemigos del proletariado.

IX

EL CADAVER DE DURRUTI FRENTE AL ARTISTA

A la madrugada siguiente nos encontrábamos en el hospital de las milicias catalanas. Durruti había muerto. Llegaron poco después otros compañeros de la Regional del Centro y del Subcomité Nacional. La sala donde se hallaba el cadáver de Buenaventura Durruti era blanca y cuadrada. Sobre una pequeña cama de hierro yacía el cuerpo de Durruti envuelto de una blanca sábana. Su cabeza de titán reposaba sobre un nitido almohadón. La

luz del nuevo día iba penetrando por las vidrieras del balcón, que da frente a la glorieta, donde se levanta el obelisco de los héroes del 2 de Mayo, defensores de la libertad de Madrid, contra las huestes de Napoleón. Todo aquello era como un símbolo y un recuerdo al nuevo héroe popular. Unos castaños de india dejaban caer las postre-ras hojas del oro otoñal.

El cadáver de Buenaventura yacía allí, entre aquellas paredes blancas del aristocrático hotel. No podíamos creer que hubiera muerto toda aquella vitalidad, todo aquel dinamismo. Pero la realidad, la cruda realidad era ésta: Durruti había muerto. Ya nadie podía dudar.

A las ocho de la mañana llegó Victorio Macho, el gran escultor español, para hacer la mascarilla de Durruti. Le acompañaban otros artistas de la Alianza Intelectual. Macho, después de saludarnos y condolerse de la muerte del compañero Durruti, pidió que desenvolviesen el cadáver de la sábana que le cubría, para poder trabajar mejor. La enfermera con la ayuda de otros compañeros, descubrieron cuidadosamente el cadáver de Buenaventura. El cuerpo del héroe quedó completamente desnudo. Era como un Cristo yacente, modelado por el genio creador de Miguel Ángel. Un Cristo hercúleo, bronceado, de formas macizas y robustas. Su cabeza reposaba, con los ojos entornados, hacia un lado de la almohada. Una gota de sangre cuaguladependía en la comisura de los labios. Un cuerpo velludo, de un vello negro y lustroso, con las manos grandes y carnosas, el pecho abultado, atlético y mórbido. Y, sobre aquel pecho robusto de titán la herida, en la parte derecha del mismo, producida por el balazo mortal, como la lanzada del sicario, sobre el pecho del Cristo agonizante.

Durruti también había muerto por la defensa de los humildes, de los menesterosos, como había vivido. Toda una vida sacrificada por la causa de la humanidad doliente y humillada. Era el holocausto de un Prometeo más, por la defensa de los oprimidos.

—¡ Un hércules, un verdadero hércules !—, exclamó Victorio Macho viendo el cuerpo desnudo de Buenaventura Durruti.

Y el escultor, junto con los ayudantes, comenzó a colocar sobre la efigie ya histórica de Durruti, el yeso blando, para que la facciones del héroe quedasen grabadas para la posteridad.

Cuando Fidias esculpía los héroes homéricos en los frisos del Partenón, sentiría una emoción parecida. Los titanes producen siempre a los artistas idénticas inspiraciones: Durruti era uno de ellos.

X

EL VELATORIO DE DURRUTI POR LOS COMPANEROS MILICIANOS

Por la noche el cadáver de Durruti fué trasladado al domicilio del Subcomité Nacional y colocado dentro de una caja de caoba. Allí se organizó el velatorio. Se adornó con flores y con coronas una de las secretarías. El ambiente se llenó de perfume. Un profundo silencio lo embriagaba todo. Un silencio de respeto al muerto, al compañero caído en la lucha.

Se trajo la maleta de Durruti, que era su único equipaje. ¿Qué era lo que contenía aquella maleta? Una maleta más vieja que nueva y de pequeñas dimensiones. Y, en aquellos momentos en que todo abundaba, la maleta de Durruti estaba casi vacía. Y no estaba vacía del todo porque contenía una muda sucia y un equipo de afeitarse. Era todo lo que había en ella. Era todo el equipaje de Durruti.

Allí estaba representada la austeridad del luchador anarquista. Días anteriores había pedido al Subcomité Nacional cien pesetas para atender a las pequeñas necesidades. No cabía un ejemplo de mayor austeridad y modestia. El, que que había conseguido grandes medios para la Organización confederal, jugándose la vida, renunciaba a todo, con tal de ser ejemplo de pulcritud. Aquella maleta era un tesoro de dignidad. En ella se reflejaba la conducta de todo un anarquista. Causaba honda emoción viendo aquel «tesoro» de Durruti. Allí se hallaba el ejemplo a seguir. El puritanismo de las ideas lo manifestaba con su conducta

personal. « No basta ser puritano de palabras », decía. Para él solo se podía ser con las obras. Había renunciado a todo, menos a la victoria. Pero la victoria era para él la conducta de cada día, que es la estela luminosa que queda tras de sí, como recuerdo de toda una conducta.

Llegaron comisiones de todos los sectores antifascistas, aportando coronas de flores y adhesiones de condolencia. Pero la visita más emocionante fué la de un grupo de compañeros de las fuerzas de Durruti, Gorras y chaquetas de cuero y pantalones de pana. Llevaban los fusiles aún calientes de los últimos disparos. Habían dejado por un momento el frente de combate. Todos los compañeros de la unidad querían venir a ver el cadáver del compañero muerto, a quien tanto querían, y que tantas pruebas les había dado de lealtad y de valor. Pero no era posible. El frente no podía quedar abandonado. La batalla de Madrid, aún con menos brío, proseguía. Se había ganado el combate definitivo al enemigo, pero no se podía, ni por un momento, perder contacto con él.

Pero aquel grupo de milicianos —antiguos centuriones C.N.T.-F.A.I.— llevaban la representación de todos los compañeros que habían luchado día por día con Durruti. Ellos traían la condolencia de todos. Una honda emoción les embriagaba. En los ojos de algunos de ellos se les veía brillar una lágrima desoladora. Contemplaban el cadáver de Durruti, como si aún les dijera que habían de proseguir la lucha a muerte contra el fascismo. Y en su silencio, en la honda emoción de su silencio, frente al cadáver del compañero ajemplar, prometieron, desde el fondo de su espíritu, vengarle, como un juramento dado por ellos mismos, para imitar al compañero muerto en la lucha, hasta la victoria definitiva por el triunfo de la verdadera libertad.

Y le velaron sin desplegar los labios. Allí le hicieron la postrer compañía. La mirada de todos ellos se hallaba fija en el cadáver de Buenaventura. El velatorio tuvo una emoción sencilla. Era un jalón más de la lucha, que había de proseguir hasta la consecución del triunfo del proletariado.

EPILOGO

LA MARCHA TRIUNFAL DEL HEROE

A la madrugada del día siguiente salía del edificio del Subcomité Nacional el furgón fúnebre que llevaba el cadáver de Buenaventura Durruti. Una caravana de coches repletos de compañeros, le seguía. La noche estaba fría y lluviosa. Una noche sin estrellas, cubierta de nubes, como si el firmamento se quisiera unir al luto y al dolor de los confederales. Del frente de combate se oían los disparos, las ráfagas de ametralladoras y el zumbido de alguna pieza de artillería. Era como un salva en honor al héroe caído.

La caravana se dirigió hacia Vallecas, para llegar por allí, a la carretera de Valencia. Las luces de los faros alumbraban parapetos y trincheras las guardias rendían honores en los controles y puestos de vigilancia. Al llegar a Tarancón se hizo la primera parada. La noche seguía lluviosa. Algunos vehículos cogieron gasolina. El convoy siguió su ruta hacia Levante. Durruti dejaba Madrid, y, poco después las últimas tierras castellanas. Aquellas tierras anchas y dilatadas de la meseta central, de la cual era hijo. La Mancha de don Quijote, que como la tierra leonesa y la tierra de Campos, crea hombres como Durruti, almas de temple, llenas de austeridad y de lucha consigo mismo, forjadas en el sacrificio y en las penitencias. Tierras de pan llevar, que ha hecho hombres como el Cid, Padilla, el Empecinado, y ha creado el alma unificadora de España, y a los castellanos, desde Numancia a Viriato, desde los Comuneros al alcalde de Móstoles y Malasaña, supieron siempre morir por la libertad.

Y al amanecer, las primeras tierras levantinas. El cielo comenzó a despejarse. De la meseta castellana habíamos descendido al llano mediterráneo. El cielo se hizo azul. El campo sonreía del verde de los primeros cipreses y naranjales encantados en la ruta. Era la ofrenda de Levante al héroe caído.

Al llegar a Chiva el pueblo se amotinaba. Ansiaba ver el féretro que contenía el cadáver de Durruti. Marchas fúnebres, representaciones oficiales, comités de los sindicatos, de los municipios, el pueblo entero. El pueblo con su espontaneidad, con su sencillez, con su natural entusiasmo, que cubría de flores el féretro. Palmas y coronas de laurel. Todo el mundo estaba allí. Gobierno, autoridades, los hijos del pueblo, que entonaban, en el silencio de su emoción, un hosanna popular, que partía del hondo de su espíritu.

Así de pueblo en pueblo, de aldea en aldea. Los campesinos dejaban por un momento, la yunta y el arado, por ver pasar el féretro del compañero sacrificado por la defensa de todos.

Después de medio día llegaba la caravana a Valencia. El pueblo de las Germanías se encontraba allí. Una lluvia de flores cubría el sepelio de Durruti. Rosas, violetas, clavetes. Pétalos de mil colores, que poseían todos los perfumes de la huerta valenciana, con toda su fragancia y toda su lozanía.

Reposó el féretro en el edificio del Comité Regional de Levante. El pueblo de Valencia se emocionaba por ver el cadáver del idolo popular. Pueblo de pasión aquel, se desbordaba por rendir respeto al compañero muerto por la defensa de la libertad. Libertad que el pueblo valenciano ama con frenesí, y por ese veía en Durruti el continuador del ideal de sus hijos que han defendido, como los héroes de Sagunto y, más tarde, el «Pellater».

A primeras horas de la tarde partió la caravana hacia tierras catalanas. Los pueblos de la huerta valenciana y después de la Plana, se desbordaban por todas partes. En cada localidad se hallaban concentrados los habitantes con la bandera roji negra, mientras las bandas de música inter-

pretaban himnos fúnebres. «Los hijos del pueblo» y «Las Barricadas». Todo el espíritu confederal de aquellas comarcas se hallaba allí manifiesto. El nombre de Durruti llenaba todo. Era la devoción del anarquismo popular.

A media noche llegamos a tierras catalanas. Cruzamos la cinta luminosa del Ebro. El Ebro, que como un rumor de leyenda ibérica entonaba un canto, con el susurro de sus aguas, que descendían de Aragón, a quien tantas veces había visto pelear.

Cerca de Tarragona unos milicianos que guardaban la costa catalana, hicieron unas salvas en honor al muerto. Durruti era como un chispazo que fascinaba las conciencias. Su nombre se había hecho carne en los espíritus. Por eso, todos a porfía, se disputaban su encuentro, aún después de muerto.

A la madrugada llegaba el cadáver de Durruti a Barcelona.

Barcelona había sido para Durruti el lugar donde se forjó su espíritu de lucha, donde se creó su conciencia revolucionaria, donde se modeló su alma anarquista. Castilla había forjado su temperamento, los dones naturales de su espíritu. Cataluña había forjado su mentalidad social y ácrata. La condición primaria de su alma —bondad, temple, constancia, valor y todas las virtudes de su espíritu— se las debía a su condición de hombre castellano. Pero el oro puro de su espíritu se modeló en las tierras de Ferrer, de Seguí, de Llairet. De allí —de aquella escuela del combate social— salió el hombre audaz e inteligente que supo desafiar, con su voluntad y su constancia, todas las tiranías y todas las presiones.

Por eso, en Barcelona, se celebró el apoteosis de su sepelio. El edificio del Comité Regional de Cataluña era una inmensa colmena humana. ¿Para qué describir lo indescrutable? Solo debemos decir que aquel apoteosis al héroe popular era el sentimiento del proletariado catalán que había visto en Durruti la encarnación de la lucha confederal y anarquista, por la defensa de las libertades sindicales, sociales y humanas. Era toda una vida inmo-

lada en aras de la libertad de la clase oprimida, de los obreros, de los hijos del pueblo.

De ahí que los mitos griegos, los héroes homéricos, las leyendas de los siglos, pasarán, pero el nombre de Duruti, será para el proletariado del mundo, y, con él, el de España —de la España ibérica y popular— como un mito de coraje, que ha de estimular a todos para seguir la lucha por la defensa de todas las libertades humanas.



C.D.F.S. - A.E.P.
Barcelona

COMITÉ DE RELACIONES DE LA REGIONAL DEL CENTRO